

Romance de la niña de Zonda

A Berta Elena Vidal de Battini

La encontré al atardecer
cantando por el camino
que va a los cerros de Zonda,
junto al estero dormido.

Iba hacia la Serranía
bañada en sol mortecino,
el alma mansa, de tórtola,
la voz ternura y sigilo,
la cara color canela,
los ojos semidormidos,
las trenzas llenas de sueño,
el corazón claro en trinos.

Dulce, serena, sencilla
como la flor de los quiscos,
claro candor dióle el valle
y fresca hermosura el río.

No sueña con otros pueblos,
no habla nunca del espíritu;
cuando suspira no sabe
-por suerte- que es un suspiro:
así tiene clara el alma,
así el corazón de limpio.

Le dije:
-Vamos a Zonda,
por el estero dormido;
subiremos a los cerros
crucificados de quiscos,
y desde allí miraremos
el valle hilando caminos,
la alameda, los parrales,
Ullum, El Tontal, el río...
Allí te contaré todo
lo que en la ciudad he visto:
-llamaradas en mi instinto hombres
de manos amargas,
aves sin canto y sin nidos.

Por eso vuelvo a mis viñas,
-olor de abeja y racimo desde
las urbes en donde
por buscarme me he perdido.

Por eso me gusta verte,
que me tengas por amigo,
que me relates de dónde
vienes por estos caminos,
con la inocencia creadora,
con el vivir cristalino

Ya busco la soledad,
el álamo y el olvido,
la sombra del algarrobo,
la huella que huye del ruido,
la huerta olorosa a albahaca,
la calandria y el racimo.

¡Vámonos camino a Zonda,
niña del claro vestido!